

# Montse Grases, un mensaje vivo para la Iglesia

Conferencia de José Carlos Martín de la Hoz a cerca de un centenar de personas que acudieron a uno de los salones del Oratorio de Bonaigua (Barcelona) para conocer mejor el mensaje de esta joven barcelonesa.

14/03/2017

[Montse Grases, un mensaje vivo para la Iglesia \(PDF\)](#)

\*\*\*\*\*

## **Montse Grases, un mensaje vivo para la Iglesia**

Ens trobem en aquest lloc privilegiat de Barcelona on es troben ben custodiats les restes mortals de la Venerable Serventa de Déu Montserrat Grases, una d'aquelles inoblidables dones del segle XX. Moltes gràcies al rector de Bonaigua, el Dr. Ignasi Sala, per convidar-me aquesta tarda a venir aquí.

El ejemplo de la sonrisa de Montse perdura y perdurará a través de los años, es más, se ha ido extendiendo por toda la tierra, y ya son millones de hombres y mujeres de todas las edades, razas y culturas las que desean parecerse a ella y la tienen por amiga e intercesora delante de Dios.

Su ejemplo y sus virtudes nunca se apagarán. Los santos son modelos e

intercesores del Pueblo de Dios. Ellos han recorrido el camino de la santidad, han llegado a la meta, y luego regresan y nos acompañan a nosotros, nos sostienen, nos alientan y nos ayudan a alcanzar de Dios las gracias que necesitamos para perseverar hasta el final.

Estamos ante un ejemplo concreto de lo que, los cristianos, llevamos veinte siglos repitiendo en el credo de la Misa: creo en la Comunión de los santos. Hay una complicidad divina con los santos que nos hace pedir con sencillez: Montse ayúdame.

Montse nació en Barcelona el 10 de julio de 1941, era la segunda de una familia de nueve, y murió serenamente, el 26 de marzo de 1959, día de Jueves Santo. Su padre gran aficionado a la fotografía y al cine, nos ha dejado imágenes de ella en todas las edades y a todas horas.

Verdaderamente podemos decir que es una santa fotogénica.

Pero lo que su padre no podía hacer, lo ha hecho el Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos de Roma, el cardenal Amato: resumir en cuatro folios el milagro de la santidad de Montse. La heroicidad de sus virtudes y la armonía heroica de su santidad.

Voy a desarrollar ese decreto de virtudes heroicas de la Venerable Sierva de Dios. La santidad de Montse, a mi modo de ver, es el resultado de haber sabido, con la gracia de Dios, dar la respuesta adecuada a las tres preguntas clave de la vida.

La primera pregunta se le planteó seriamente en noviembre de 1957 en Castelldaura, a unos pocos kilómetros de este lugar donde estamos, aunque lógicamente tenía un antecedente de años, como todas

las historias de amor. La pregunta es la de Jesús cuando se cruza en el camino de nuestra vida y nos mira dulcemente. Tras el impacto del encuentro, quizás inesperado, pregunta: ¿Me sigues? ¿Te vienes?

La respuesta la dio Montse, bien madurada, el 24 de diciembre de 1957, cuando haciendo un rato de oración se dio cuenta, tuvo la luz y la gracia, de que *quien llama da su gracia*. Es decir que la respuesta a la pregunta me sigues no eran otras preguntas: ¿Cómo sé que no me equivoco? ¿Cómo sé si voy a perseverar? ¡No! La respuesta a la pregunta ¿Te vienes? Es: ¡Contigo al fin del mundo!

Por eso cuando esa tarde Montse sale de Llar, el Centro del Opus Dei por donde ella iba a recibir formación, después de haber pedido la admisión en el Opus Dei, afirmaba que Barcelona le pareció distinta. Claro.

Estaba iluminada con una luz especial, la luz del amor y de la fe que le acompañarán hasta la eternidad. Barcelona es distinta e inmensamente más hermosa cuando se ve con los ojos de la fe: tanta gente maravillosa y simpática a la que conocer, para invitar a conocer y tratar a Jesús.

Quienes hemos nacido cerca del mar sabemos lo que es vivir entre el agua y la tierra. Entre el sol y el mar. Entre personas que tienen mirada profunda, horizontes grandes y el cielo en el alma.

Pasan pronto los días y las luchas pequeñas, los trabajos del día a día, la caridad, ayudar en casa, estudiar, tener el armario ordenado, convivir con los hermanos, todo eso es pasión de amor, amor joven, rejuvenecido cada día. Porque los días ya nunca serán iguales, ni aburridos.

Montse fue tan rápida en el amor que Jesús no tuvo que esperar para hacerle la segunda pregunta de la vida. La pregunta de la madurez en el amor. Se da la circunstancia de que la pregunta de Dios llegará cuando Montse se está preparando para ir a sacar adelante la tarea apostólica del Opus Dei en París. A la vez que trabajaba en el día a día, se preparaba para la gran aventura en Francia.

De repente, el dolor de la pierna, ese que empezó el otro día; pues que no se va. Que parecía nada; pero que no: que ahí está. Después de muchos médicos, de intentar olvidarse, viene el veredicto: el dolor se instala. Es el Señor que le estaba preguntando ¿Me lo ofreces? ¿Me quieres seguir con ese dolor? Pero ella respondía con otra pregunta ¿Por qué si me llamas a darte la vida, si me estoy preparando para ir a Francia, me duele la pierna?

Finalmente, como en la primera pregunta, un día, Montse cae en la cuenta de que se trata de seguirle a Él con el dolor en la pierna. Como los primeros apóstoles, también ella, tenía que pasar por la prueba de la cruz.

Y, entonces, vienen los inexplicables frutos de santidad y apostolado. Aquello que cuesta, sale sin esfuerzo. Y Montse ya no se enfadaba o se controlaba más y se interesa por aquella compañera. Otro sábado, las luces del oratorio de Llar se apagaron para dar comienzo a la meditación y una chica llegó tarde. Se puso junto a Montse que estaba sentada al fondo de la capilla, con la pierna escayolada y puesta sobre una banqueta. Se quedó de pie a su lado y estaba muy distraída. Montse sufría al verla de pie mirando a todos lados y decidió dejar libre la banqueta. Cada movimiento era un trallazo de dolor, pero aquella chica estaba de

pie y ¡estaba distraída! Consiguió, poco a poco, liberar la banqueta. Al fin la chica se sentó y se quedó mirando fijamente al sagrario. ¡Victoria! En seguida recordó las palabras de san Josemaría que tantas veces había oído: "Si no hacéis de las chicas almas de oración, habéis perdido el tiempo".

Era el mes de junio y llegó el momento de la tercera pregunta. La pregunta final. Un día Montse nota que sus padres le ocultan algo. Aprovecha aquella noche de buen tiempo y acorrala a su madre. Finalmente, le confiesa que ya se sabe la enfermedad que tiene. Se trata de un sarcoma de Edwing en la pierna y que no hay solución. Se va a morir en unos meses.

Se trata de la tercera pregunta de Jesús o la tercera invitación en menos de un año. Se ve que Montse ha crecido deprisa en la santidad y

en las virtudes cristianas, pues Jesús le va a preguntar: ¿Te vienes ya al cielo conmigo? Pero ella, en un primer momento, vuelve a responder a la pregunta con otra pregunta ¿Y si me cortan la pierna? A los pocos minutos estará dormida junto a su madre. Al día siguiente va a ver a la directora de Llar que, lógicamente había sido avisada por la madre de Montse de la situación.

Al llegar a Llar Montse busca a la directora que casualmente estaba ocupada. "¿Podemos vernos un momento? -Pregunta Montse". "Si en seguida, en cuanto termine te aviso" -le dice Lía, la directora. Mientras Lía escucha a la persona que tiene delante, no puede evitar ir pensando qué le dirá a Montse. Pero enseguida se da cuenta de que no hace falta pensar nada, pues se oye la voz firme y clara de Montse que está cantando mientras aprovecha esos minutos para hacer algo. ¡Ya le ha dicho que

sí a Dios! piensa Lía. En seguida podrá confirmarlo y llenarse de paz.

Aquellos meses siguientes consisten en la aceleración de la santidad, la intensidad del amor y la historia de la extrema caridad con la que sus padres y hermanos, amigos y amigas y hermanas en el Opus Dei la arroparán y la acompañarán al cielo, viéndola crecer hasta la santidad en aquella enfermedad sobrellevada con amor de Dios.

El once de noviembre Montse viajó a Roma unos días. San Josemaría le dijo a Encarnita Ortega, la entonces Secretaria Central, que se asegurara que Montse estuviera bien preparada para lo que vendría en los meses siguientes: “El Fundador de la Obra me había encargado que le hablara con delicadeza y claridad del alcance de su enfermedad para que la aprovechara con eficacia sobrenatural y para que se

dispusiera a ganar la última batalla. Lo hice con la mayor delicadeza y claridad que me fue posible. Me dijo que tenía horror al dolor físico, pero «pienso que si soy fiel a lo que Dios me pide cada día, El me dará su gracia»; comprobé así la fuerza con que había arraigado en ella el sentido de la filiación divina, a la vez que de manera muy humana y sencilla manifestaba su miedo al dolor. Se hacía patente su recia piedad: cariño a la Virgen por medio de las normas marianas que vivimos en la Obra; devoción a la Eucaristía que demostraba en su forma de hacer la genuflexión, aunque le costara esfuerzo por la enfermedad. Al verla con una alegría que destacaba en todo momento –en los ratos de vida de familia, en el comedor, etc.– pensé que quizá mi explicación no hubiese sido suficientemente clara y antes de marcharse le pregunté si estaba dispuesta a todo. Sonrió y dijo que sí.

Después, desde el avión, me envió una tarjeta en la que decía: «Estoy dispuesta a todo porque vale la pena»” (Testimonio de Encarnación Ortega Pardo sobre Montse Grases, AGP, EOP, E-0055). Esta es la conclusión: vale la pena responder a las invitaciones de Dios y hacerlo de la mano de los santos.

Barcelona, 3 de marzo de 2017

José Carlos Martín de la Hoz.

---

pdf | Documento generado  
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-uy/article/montse-grases-un-mensaje-vivo-para-la-iglesia/>  
(08/01/2026)